

La herencia de Italia en Mario Benedetti

PATRIZIA SPINATTO B.
C.N.R.-I.S.E.M.-UNIVERSIDAD DE MILÁN

Recibido: 13 de julio de 2015

Aceptado: 25 de agosto de 2015

Abstract: With no doubt, Mario Benedetti has got a lot of things to share with Italy. His surname, his social environment, everything clearly refers to a family background very popular in the River Plate. Although the author never betrays his Uruguayan roots, you can easily recognize both direct and indirect debts with our peninsula through his works and interviews.

Key words: Mario Benedetti; Italy; Uruguay.

Resumen: Indudablemente, Mario Benedetti tiene muchos puntos de contacto con Italia. Desde su apellido hasta el entorno social, todo hace referencia tanto a un pasado familiar como a un espacio cultural compartido por la mayoría de los rioplatenses. Aunque nunca el autor traiciona su vocación auténticamente uruguaya, a través de sus obras y de sus entrevistas es posible reconocer la deuda directa e indirecta con nuestra península.

Palabras clave: Mario Benedetti; Italia; Uruguay.

Siempre me emocionó leer a este autor uruguayo, no sólo por el estrecho vínculo emotivo que consigue establecer con los lectores a través de su obra literaria, sino también por un nombre tan perfectamente italiano que sigo topándome, y siempre con cierta sorpresa, con perfectos pero desconocidos homónimos, lo que me da la ilusión de tenerlo al alcance de mi mano y de mi cultura.

De hecho, Mario Benedetti, como muchos rioplatenses, tenía una estrecha relación con nuestra península, relación vislumbrada a través de su producción artística y, más explícitamente, en las entrevistas que concedió a periodistas, amigos, biógrafos, estudiosos a lo largo de su carrera.

Como nos cuenta Hugo Alfaro en su larga entrevista con el escritor, el punto de partida para la familia Benedetti fue el empresario de origen genovés, Francisco Piria, quien escogía, para sus inversiones, a personal de servicio calificado italiano. Entre muchos, eligió a un bodeguero que era también químico y enólogo, para mejorar los vinos de sus posesiones y, posiblemente, para compartir con él su pasión por la alquimia. Fue así que Brenno Benedetti, reputado enólogo de Umbria, viajó a Uruguay, donde formó familia, echó raíces y tuvo tres hijos, uno de los cuales se llamó Brenno también, según la tradición, y fue también químico y enólogo. Brenno hijo se casó con Matilde Farrugia, descendiente de un español y de una francesa, y tuvieron dos hijos, el primero de los cuales fue precisamente nuestro autor, Mario Orlando Hardy Hamlet Brenno.

En el “Cachivache” número 54 de *Vivir adrede*, Mario Benedetti (142) habla del padre y de sus muchos nombres de tradición italiana, que suscitaban la hilaridad de los amigos uruguayos:

En ciertas zonas de Italia existe (o al menos existía hace un siglo) la costumbre de adjudicarle muchos nombres a cada niño. Mencionaré un caso que me es cercano. Mi padre, que fue químico y enólogo, y era hijo de italianos se llamaba nada menos que: Brenno Mario Edmundo Renato Nazareno Rafael Armando. Muy joven aún, emigró a Uruguay y aquí trabajó con dedicación y esmero. Hay quienes cuentan que los amigos uruguayos, burlándose de sus siete nombres, lo llamaban: Brenno Etcétera.

Su *alter ego* en *La borra del café* nos presenta una situación muy parecida, en que la retahíla de nombres que le asignaron los padres se vuelve una vergonzosa pesadilla, digna de contarse sólo a los más íntimos:

En realidad, Claudio no se llamaba sólo así, sino Claudio Alberto Dionisio Fermín Nepomuceno Umberto (sin hache). El hábito de semejante ferrocarril de nombres venía de familia, probablemente de una tradición con arraigo en el centro de Italia, digamos Umbria o Toscana, ya que su padre se llamaba Sergio Virgilio Mauricio Rómulo Vittorio Umberto, y su abuelo... Vincenzo Carlo Mario Umberto Leonel Giovanni. ...el nombre Umberto es el único que se repite, la identidad constante, algo así como la marca de fábrica (Benedetti, *La borra del café* 147).

Mientras que el abuelo del escritor, a los pocos meses de llegar a América, se cansó de aguantar los caprichos del famoso empresario y se fue a Montevideo, donde llegó a ser hombre de confianza, administrador y director de las actividades de la familia Caviglia, el padre, químico farmacéutico, invirtió todos sus recursos económicos y su honor en una farmacia de Tacuarembó. Sin embargo, el trato se convirtió en una colosal estafa, que marcó negativamente el equilibrio emotivo y la estabilidad económica de la familia Benedetti, que vivió durante años en medio de grandes tribulaciones. “Mi padre era tan tozudo que se negó a llamar a convocatoria de acreedores y aceptar la quiebra. ...Reconoció toda la deuda, incluida la del desaprensivo Señor M., y se comprometió a devolverla con la Liga Comercial como garante. Eso significaba que toda remuneración de mi padre, viniera por donde viniese, era de inmediato confiscada para aplicarla a la reducción de la deuda” (Paoletti 21).

El perfil del tano, forma rioplatense por italiano, destaca en el marco alimenticio, con una serie de expresiones relacionadas con la comida y con las fórmulas de cortesía utilizadas por camareros y gerentes de restaurantes italianos. Véase, por ejemplo, la caricatura que se dibuja del padre de Claudio, “tano de pura cepa”, a través de la masiva presencia de interferencias lingüísticas italianas en el intercambio verbal: “— Ah Peretti mascalzone. Favorisca la casa ... Prego, signore. ... Scuso, Peretti. A rivederla” (Benedetti, *Geografías* 131).

Más allá de los estereotipos, los italianos oriundos en general tienen características positivas. El abuelo de otro Claudio, en *La borra del café* (Benedetti 212), Vincenzo, a pesar de ser *troppo bizzoso* para establecer conexiones útiles para su desarrollo social y económico, tiene una carcajada florentina, que “resonaba en el patio como un carillón”, un gran sentido del humor y, según el nieto, cierta dosis de mezquindad, por ejemplo al celebrar públicamente su salvación de

un naufragio con una damajuana de Chianti, sin pensar en los que ahogaron (Benedetti 22).

El maestro de Javier, en *Andamios* (Benedetti 39), es tan fascinador que el muchacho sueña que su madre, viuda, termine casándose con él: “De nombre, Angelo Casas. Ojo: Angelo, no Ángel. Igual que su abuelo de Udine. Los muchachos le decían “don Angelo” o simplemente “maestro”. Todos lo querían, pero Javier lo quería más”. Sus infantiles maquinaciones para que los dos se conozcan, sin embargo, se malogran al chocar con la realidad de los adultos: el encuentro en la fiesta de fin de curso pasa casi desapercibido por la madre, y él se rinde y no vuelve a insistir.

La ascendencia italiana puede resultar útil, a nivel práctico, *a posteriori*, para conseguir un pasaporte privilegiado. En *Andamios* (Benedetti 59), Egisto Dossi — “era inevitable que en el Liceo Miranda todos le llamaran “Egipto”— cuenta como, durante el difícil exilio bonaerense, de repente se le había ocurrido que podía sacar provecho del origen de sus abuelos:

...me dio tiempo para acordarme de mi abuelito genovés por parte de padre (mi otro abuelito, el padre de mi vieja, era napolitano, en estos países machistas los ancestros por línea materna no sirven para un carajo) y así pude conseguir un impecable *passaporto* tano, que por tanto era y es de la CE y me otorga el privilegio de tener en los aeropuertos europeos una ventanilla especial, en tanto que los tercermundistas vulgares y silvestres hacen tremendas colas y soportan concienzudos y malhumorados interrogatorios (Benedetti, *Andamios* 59).

Al revés, es lo que no quiere hacer el maestro de Javier: don Angelo, después de una breve experiencia carcelaria, a pesar de haberse quedado solo, rehúsa emigrar en un medio desconocido, “entre otras cosas porque se quedaron con mi pasaporte y mi cédula de identidad. Podría intentar, invocando la nacionalidad de mi viejo, que los italianos me dieran otro documento, pero la verdad es que no quiero irme. ...ya no me quedan ni la *mamma* ni el piano desportillado ni el jardincito ni mis clases. Si me fuera a Italia, tampoco allá tendría a nadie. Aquí al menos me quedan, no sé si amistades, pero sí afinidades” (Benedetti, *Andamios* 66).

Las raíces anarquistas y republicanas de muchos emigrantes italianos quedan bien claras, incluso en ocasiones especiales, cuando podría merecer la pena lucir una actitud más diplomática. Un amigo del padre de Claudio, en *La borra del café*, recuerda con orgullo la entereza

de José Piendibene, futbolista uruguayo de ascendencia italiana, quien se había negado a jugar un partido en homenaje al príncipe heredero Umberto de Saboya, que visitó el Río de la Plata en 1924, por sus principios republicanos (Benedetti, 52). Si el juego del fútbol de por sí revisite una gran importancia, al mismo tiempo los enfrentamientos entre el equipo nacional uruguayo y el italiano son de lo más importante, tanto es así que la multitud llega a reunirse bajo la lluvia para recibir noticias del partido en directo a través de los pizarrones del periódico nacional (Benedetti, *La borra del café* 91).

Todo lo relacionado al espacio alimenticio tiene una conexión con Italia, desde las cafeteras prodigiosas (Benedetti, *Geografías* 27), hasta los succulentos manjares de la tradición. Los restaurantes italianos son un punto de referencia, tanto en América como en Europa. Los exiliados del cuento “Balada” (Benedetti, *Geografías* 100), por ejemplo, se encuentran dos o tres veces por semana “en el Siena o en un restaurante italiano que descubrió Montse” y los camareros siempre lucen alguna gota de sangre de la península (Benedetti, *Andamios* 247).

Al mismo tiempo, la cocina italiana figura entre las mejores del globo, junto a la española y a la francesa (Benedetti, *La borra del café* 129). Es Teresa, refinada cocinera en *Andamios* (Benedetti 144), quien enmarca la cocina uruguaya; de los seis platos típicos citados, cuatro son italianos: “Nuestra cocina... es toda de prestado: pasta sciuta, tortilla a la española, pizza y fainá, frankfurters, milanesas”. Entre las golosinas de ascendencia peninsular, a lo largo de sus libros, en una grafía que oscila entre la palabra original y la transcripción fonética según las convenciones españolas, Benedetti cita por ejemplo la “raviolada *alla bolognese*” (*Andamios* 56), *i cappelletti alla carusso* (*La borra del café* 17); los *cannelloni alla Rossini* (*La borra del café* 52); el tuco (*La borra del café* 42), es decir el *tocco*, una salsa de tomate típica de Liguria; ñoquis (*La borra del café* 93); milanesa (*La borra del café* 189); *frittatine ai quattro sapori* (*La borra del café* 206), *minestrone, fegato alla salvia, peperoni alla carmen, crostini arlecchino, tagliatelle alla genovese* (*La borra del café* 208). Cocinar es lo mejor que saben hacer los italianos, como los abuelos de Claudio, que le reciben en Buenos Aires “como a un hijo pródigo. Su homenaje más sencillo fue brindarme lo que mejor sabían hacer”, es decir, abundante y rica comida italiana (*La borra del café* 208).

En cuanto a los destilados, en los textos de Benedetti la palabra “grapa” sustituye “aguardiente” y, además, como para distinguir el whisky escocés del irlandés, hay que fijarse en la ortografía para conocer

su procedencia exacta, como se explica en *Andamios*: “La compré la semana pasada. Te advierto que es grappa, con dos *p*. Es italiana” (Benedetti, *Andamios* 118). Es decir, se perpetúan los platos de la tradición, ya perfectamente involucrados en la lengua y los hábitos locales.

En la misma novela, Javier habla de una de sus nostalgias gastronómicas durante el exilio español: “el fainá”, variante uruguaya de la *farinata* italiana, cuyo principal ingrediente (sería prácticamente el único, junto a agua, sal y aceite, en la receta ligur) es la harina de garbanzos, que no se consigue en la península ibérica. El funcionario del aeropuerto que revisa el equipaje del viajero encargado de procurársela no reconoce de inmediato la harina, pero al final de sus pesquisas se acuerda de un plato italiano: “Incluso hizo gala de su cultura culinaria: algo así como lo que en el sur de Italia llaman la torta de cece” (Benedetti, *Andamios* 36). En realidad, con el mismo nombre, *fainà*, está tradicionalmente presente en Liguria, sin embargo es típica también de Toscana y Cerdeña.

El área artística también está muy vinculada a Italia. Obras de teatro, películas, libretos, pinturas, esculturas, conciertos y óperas son a menudo de autores italianos y las elegantes galerías de arte de via Condotti y via del Babuino en Roma (Benedetti, *Andamios* 22) constituyen reconocidos punto de referencia para los aficionados de todo el mundo. La idealizada María Eugenia que describe Claudio en *La borra del café* (Benedetti 44) es tan hermosa, tan perfecta, que “su rostro podía haber sido elegido por Filippino Lippi para una de sus vírgenes”, mientras que una azafata amable y gentil tiene cara de Gioconda (Benedetti, *Buzón de tiempo* 24). Y los cuatro amigos que, espontáneamente, pronuncian al unísono una frase hecha, recuerdan al “cuarteto vocal de *Rigoletto*” (Benedetti, *La borra del café* 154). Son comparaciones que se producen aparentemente sin causa y, por lo tanto, se supone que proceden de un patrimonio cultural compartido por el público de lectores.

Igualmente, en la descripción de Alfredo que se hace en *Primavera con una esquina rota* (Benedetti 181-182), los modelos están sacados de la cinematografía italiana, que evidentemente todo el mundo conoce en el Río de la Plata: “Siempre pensé que Alfredo (su segundo nombre es Dante...) había salido con su tranquito inimitable, de alguna película de Vittorio de Sica, con libreto de Cesare Zavattini. Ah, pero cuando pone los ojos en blanco, queda igualito a Totó”. Y entre las actrices más bellas y paradigmáticas se cita a la joven Cardinale: “Verbigracia,

cuando le digo Claudia Cardinale, no se trata de la de ahora (que no está mal) sino la de *La ragazza con la valigia*, cuando tenía 21” (Benedetti, *Buzón de tiempo* 25-26). Memorables quedan también las visitas que cantantes y actores, como por ejemplo Enrico Caruso o Vittorio Gassman, realizan a Uruguay (Benedetti, *Andamios* 104).

El videoclub de buen cine que Fermín instala en Punta Carreta incluye películas del neorrealismo italiano, consideradas fundamentales para la formación de una buena y exigente cultura cinematográfica. Frecuentes son las alusiones a actores, a películas y directores célebres: “Es estimulante ver cómo la gente llega preguntando por Fellini, Visconti, Bergman, Buñuel, Welles, etcétera... Tenés que ver la reacción (para mí, inesperada) de algunos chicos, que nunca habían visto *La strada*, *El ciudadano*, *El verdugo* o *Umberto D.* Me alegra que eso le guste y hasta les asombra” (Benedetti, *Andamios* 24).

La cinefilia suplanta la política en las conversaciones de los recién hallados amigos, quienes sacan a colación su cultura al respeto y pasan lista a los mejores títulos, actores, directores del cine mundial. Nunca faltan, entre los clásicos más apreciados, los italianos:

Empezaron a rememorar películas de antaño o de hogaño, a ver quien se acordaba del reparto completo. Siempre ganaba Leandro, que hasta el golpe militar había poseído “el fichero cinematográfico más completo de esta margen del Plata”... A partir del golpe, no. Ahí se le acabó a Leandro esa manía o extraño sustituto de la filatelia, porque cuando los milicos le allanaron el luminoso estudio que entonces alquilaba frente al Parque Rodó, llegaron a la conclusión de que nombres como Humphrey Bogart, Merle Oberon, Jean Gabin, Vittorio de Sica, Anna Magnani o Emily Jannings, no correspondían a actores y actrices de fama sino que eran meros seudónimos de subversivos locales y foráneos. Y que títulos como *Ladrones de bicicletas*, *Sangre y arena*, *El asalto al Expreso de Oriente*, *Rififi*, *Los desconocidos de siempre*, *Viñas de ira*, *Doce hombres en pugna* o *Pacto de sangre*, no pertenecían a películas como cualquier ingenuo podría creer sino que servían de cobertura a operaciones armadas, ya realizadas o a realizar. Ergo: se llevaron todo el fichero... Así estuvieron como dos horas en un reservado de la cervecería del Chueco, hasta que alguien mencionó *Los amantes*, y otro *El último tango en París*... (Benedetti, *Andamios* 54-55).

Se reconoce también mucha cursilería, como la televisiva, representada por programas y personajes populares tanto en Italia como en América, por ejemplo Rafaella Carra (Benedetti, *Andamios* 45).

La literatura italiana, en otro nivel, ofrece un abanico de autores clásicos o de moda reconocidos en el área cultural occidental, y por lo tanto también en América Latina. Tanto Mario Benedetti como sus personajes explicitan a menudo la deuda formativa con nuestra península: Salgari, De Amicis son su Biblia de pequeño (Benedetti, *La borra del café* 22, 29) y Svevo (Benedetti, *El porvenir de mi pasado* 30), Giordano Bruno (Benedetti, *Buzón de tiempo* 11), Dante, Calvino, Eco, Ungaretti y Pasolini (Benedetti, *Despistes y franquezas* 25, 27) algunos de los arquetipos de la edad adulta.

En *El cumpleaños de Juan Ángel* (Benedetti 41), Salgari y De Amicis están entre los autores que entreabren al protagonista las puertas de la lectura infantil en la soledad de la azotea:

la solución es irse a la azotea con los pocos amigos verdaderamente fieles me refiero como es obvio a mi sandokan a mi david copperfield a mi porthos a mi buffalo bill a mi tarzán a mi pequeño escribiente florentino primeros habitantes de un club muy exclusivo donde a su turno ingresarán las memorias de una princesa rusa y el infaltable leopoldo Bloom mas por ahora el tiempo es de capa y espada y cimitarra y lianas y tomahawks y pobres niños a medio camino entre el coraje y la carúncula lagrimal.

Y, junto a Verne, estos escritores marcan las referencias literarias de la infancia y están destinados al abandono físico, en la adolescencia, y psicológico, en el momento en que se percibe la propia evolución personal (Benedetti, *La borra del café* 90). En *La borra del café* (Benedetti 75) es paradigmático el ejemplo de Claudio, que se aísla en su parque preferido para reflexionar acerca de sus cambios, de su soledad, de su tristeza, pero de repente se da cuenta de que él es otra cosa con respecto a los personajes de *Corazón* y se sacude, con cierto fastidio y vergüenza: “ahí acabó el sortilegio. Yo no era personaje de nadie. Caminé hasta la calle y ya era otro, es decir yo mismo”.

Los protagonistas de sus cuentos y novelas reflejan frecuentemente las sensaciones y los sentimientos de los modelos italianos, como, por ejemplo, el protagonista de “Autobiografía”, quien adopta como punto de referencia a su homónimo y su *Comedia*: “Pone un nuevo papel en la Olivetti y teclea con decisión, inocencia y coraje: Nel mezzo del cammin di nostra vita. Mira como hipnotizado aquella línea, luego se pone de pie y va hasta el baño. Dante Falconi se enfrenta al espejo y se dice a sí mismo, impotente y furioso: Definitivamente, no

soy aquel Dante, no soy aquel Dante del espíritu” (Benedetti, *Despis-tes y franquezas* 27).

A nivel lingüístico, abundantes son los italianismos empleados a lo largo de sus textos, de varias áreas semánticas, fácilmente identificables y a menudo marcados por la cursiva: “niente” por “nada” (Benedetti, *Primavera con una esquina rota* 197); *ghetto* por “gueto” (Benedetti, *Geografías* 27); *donna* por “mujer” (Benedetti, *Geografías* 129); “cicerone” por “guía” (Benedetti, *Vivir adrede* 38); “finta” por “amago” (Benedetti, *Andamios* 18); *a capella* por “a cappella” (Benedetti, *Andamios* 99) son sólo algunos ejemplos. Como se nota, la mayoría de las veces se utiliza íntegramente la forma italiana, pero ocasionalmente la grafía sigue el criterio de la transcripción fonética según las convenciones españolas.

El registro empleado por Benedetti es a menudo coloquial y utiliza una especie de interlingua compartida en el Río de la Plata. Sobre todo en los momentos de mayor intensidad emotiva, parece percibirse la necesidad de ampliar las propias potencialidades léxicas y formales usando fórmulas de un idioma no muy familiar pero presente en la tradición cultural de muchos. Roberto desnuda a Delia *con il pensiero* (Benedetti, *Geografías* 21); las “revistas del cuore” (Benedetti, *Geografías* 103) son las revistas rosas, pero se utiliza a menudo “cuore” para indicar el corazón en general; se usa “crepar” por “morir” (Benedetti, *Andamios* 270); el peyorativo de Lorenzo, “Lorenzaccio” (Benedetti, *Andamios* 237); locuciones enteras como: “bella combinazione” (Benedetti, *Andamios* 215) y, frecuentemente, la interjección “Altri tempi”.

Los lazos históricos entre Europa y Uruguay siempre han sido muy estrechos, por eso no es difícil encontrar muchos puntos de contacto, como se recuerda en *Andamios* (Benedetti 103): “Desde los inicios de la independencia, Montevideo acumula referencias que la vinculan con Europa. ...el legendario Garibaldi se hizo aquí presente en 1841 para mandar las tropas nacionales contra Rosas”, pero la visitaron muchos otros personajes ilustres de Italia y también gente común, que contribuyeron a forjar su identidad.

Montevideo, modelo urbano por antonomasia de Mario Benedetti, no tiene un carácter muy latinoamericano, tanto a nivel arquitectónico como a nivel humano. La vocación ciudadana del escritor uruguayo se explicita en la declinación de varias ciudades en que se percibe a gusto: ventanas, puertas, esquinas, baldosas, adoquines, calles son parecidas en todo el mundo y lo proyectan en su entorno familiar.

Para quedar en el ámbito italiano, Milán se cita entre las ciudades que el autor uruguayo percibe como suya (Benedetti, *Vivir adrede* 201), sin embargo en *Andamios* tiene un matiz negativo al asociarse a la corrupción, a la política y a la prostitución. Sus habitantes, también, lucen características inhumanas, como por ejemplo el editor presuntuoso, autoritario y oportunista que angustia al pobre autor provinciano para que escriba una autobiografía por presentar en la Fiera de Milano (Benedetti, *Despistes y franquezas* 25-27).

Mientras que Pisa exhibe su Torre (Benedetti, *La borra del café* 189), Brescia está entre las ciudades que acogen a los exiliados rioplatenses (Benedetti, *Primavera con una esquina rota* 30) y Pompeya, Herculano y Estabia forman parte de las ruinas productivas explotadas por “alguna vesuvian tourist company limited” (Benedetti, *El cumpleaños de Juan Ángel* 56).

Roma queda entre los destinos de los viajes mayores (Benedetti, *Primavera con una esquina rota* 30), con toda su retahíla de iglesias, monumentos, obeliscos (Benedetti, *La borra del café* 189), aunque la inicial impresión que Benedetti saca de la ciudad es negativa. El panorama recreado por el pasajero de primera clase en su duermevela al salir de la ciudad se parece a un boceto del cine neorrealista, con todos los estereotipos humanos del sur de Italia:

Los andenes de Stazione Termini estaban... repletos de viajeros, turistas o autóctonos, con impecables trajes de burócratas o desaliño de globetrotters, con estampa de cosa nostra o sotanas del Vaticano.

Había parejas que se sobaban minuciosamente durante el beso de despedida, madres que lloraban su desconsuelo ante el adiós del hijo recluta asomado en la ventanilla de segunda clase, changadores que sudaban copiosamente, ancianas que pedían ayuda para subir al tren sus discretos baúles.

Javier miraba atónito desde el vagón vacío. ...Cuando el tren por fin arrancó, se tapó los ojos. Sólo volvió a mirar cuando las plataformas y andenes de la colmada estación habían dejado sitio a la zona industrial, con chimeneas que salían al encuentro del convoy y luego se alejaban en dirección a Roma. Cuando por fin apareció la campiña, con vacas que bostezaban su tedio existencial y corderos que corrían exultantes... (Benedetti, *Andamios* 98).

Sin embargo, es su esposa quien nos deja una crónica pormenorizada del viaje a través de sus opiniones acerca de la ciudad:

Nos fuimos a Roma por una semana. ...necesitaba urgentemente una tregua y elegí Roma, ciudad que me encanta y además suele quitarme telarañas y otras ansiedades. ...De las ciudades que conozco, creo que Roma y Lisboa son las que tienen un color propio. ...Roma, con sus palacios señoriales, o ex, con sus balcones esquinados, con sus muros, puertas y rejas que atraviesan o contienen la historia, es como una escenografía en ocre, malva, ladrillo y sepia. En realidad, hay dos posibles imágenes de Roma: una en blanco y negro, con agrios grises de vetustez (el Coliseo, los Foros, los Arcos) y otra en colores renacentistas que parecen armónica y anacrónicamente extraídos de la paleta de nuestro Torres García. A veces coinciden en un amplio espacio (verbigracia la Piazza Venezia: ¡no me gusta!) aunque normalmente son regiones comunicantes pero definidas. ¿Tiene algo que ver la Via Veneto con el Coliseo? Arquitectónicamente no, pero, siglos mediante, tal vez estén enlazados por la embriaguez del poder. En la Via Veneto, con la obvia excepción de los turistas japoneses, hasta los perros son aristócratas, avanzan con un talante de lujo y disponen de inodoros particulares. ...Pese a todo, y prejuicios a un lado, hay que admitir que Roma (y quizá Italia toda) posee un aura de elegancia y buen gusto, que va desde el Palazzo Barberini (siempre es saludable reencontrar a la Fornarina) hasta la popularísima Feria de la Porta Portese (digamos un “mercato delle pulci” a la romana), donde en medio de la inevitable y estulta imitación de lo yanqui, aparecen aquí y allá lozanas artesanías con artesano adjunto. ...Por otra parte, el romano y la romana, promedialmente hermosos como siempre, desarrollan una alegría de vivir, un buen humor al detalle, una picardía bondadosa, que también constituyen un color peculiar. Es una ciudad que no agrede. Y está tan acostumbrada a que los extranjeros la atraviesen y hasta la hagan suya, que por su módica xenofobia (un poco tiene, claro) no parece europea. (Benedetti, *Andamios* 187-188).

Siguen unas consideraciones muy críticas acerca del inexplicable apoyo de “gente tan entrañable, tan sensible, de tan buen gusto, con tan agudo sentido del ridículo” (Benedetti, *Andamios* 188) a la dictadura fascista. Preguntas retóricas, al final, ya que de este tipo de debilidades padece, cíclicamente, todo pueblo.

Hemos esbozado aquí unas consideraciones acerca de la presencia de Italia en Mario Benedetti a través de sus textos. A partir de Garibaldi, los italianos siempre han sido presentes en el desarrollo político, cultural, social de Uruguay, directa e indirectamente. Al mismo tiempo, Benedetti goza de unas raíces familiares que le permiten acercarse aún más a la sensibilidad de la península, lo que se refleja de

manera constante pero discreta en su obra literaria. En sus textos se perciben elementos lingüísticos italianos fácilmente identificables en su grafía original o a través de una fonética deformada según el estándar castellano. A veces, en especiales escenas de costumbres, se parodia la fisonomía estereotipada del italiano de primera generación que, lejos de su patria, es incapaz de desprenderse de sus modismos lingüísticos y culturales. Sin embargo, la mayoría de las veces, Benedetti manifiesta su estima hacia un ámbito artístico de primaria importancia en la cultura occidental: si los personajes italianos que el escritor pinta a menudo pertenecen a un nivel social modesto, su bagaje histórico les permite situarse en el vértice, sobre todo artístico, de la escena mundial. Viajeros, científicos, políticos, artistas de origen italiano han dado su aporte internacional y quedan por lo tanto como marcos de referencia para la cultura occidental. Uruguay se inserta en esta tradición y parece dominar tanto los colores lingüísticos como las frecuentes alusiones culturales que Benedetti esparce en sus textos.

Obras citadas

- Alfaro, Hugo. *Mario Benedetti (detrás de un vidrio claro)*. Montevideo: Trilce, 1986.
- Benedetti, Mario. *Andamios*. Madrid: Alfaguara, 1997.
- . *La borra del café*. Barcelona: Destino, 1993.
- . *Buzón de tiempo*, Madrid: Alfaguara, 1999.
- . "Conciliar el sueño". *Buzón de tiempo*, Madrid: Alfaguara, 1999. 23-26.
- . "Escuchar a Mozart". *Con y sin nostalgia*, Madrid: Alfaguara, 1987. 23-31.
- . *El cumpleaños de Juan Ángel*. Madrid: Alfaguara, 1995.
- . "Autobiografía". *Despistes y franquezas*. Madrid: Alfaguara, 1990. 25-27.
- . "Balada". *Geografías*, Madrid: Alfaguara, 1984. 95-105.
- . "Firmó doscientas mil". *Geografías*, Madrid: Alfaguara, 1984. 127-138.
- . "Geografías". *Geografías*, Madrid: Alfaguara, 1984. 20-28.
- . "Puentes como liebres". *Geografías*, Madrid: Alfaguara, 1984. 192-212.
- . "Altri tempi". *El olvido está lleno de memoria*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2000. 36.
- . "Cinco sueños". *El porvenir de mi pasado*, Madrid: Alfaguara, 2003. 30-32.

- . "Exilios". *Primavera con una esquina rota*, Barcelona: Edhasa, 1995. 180-183.
 - . "Extramuros". *Primavera con una esquina rota*, Barcelona: Edhasa, 1995. 189-205.
 - . "Intramuros". *Primavera con una esquina rota*, Barcelona: Edhasa, 1995. 28-31.
 - . "Cachivaches". *Vivir adrede*. Madrid: Alfaguara, 2008. 131-145.
 - . "Museos y campamentos". *Vivir adrede*. Madrid: Alfaguara, 2008. 37-38.
 - . "Todas son mías". *Vivir adrede*. Madrid: Alfaguara, 2008. 22.
- Paoletti, Mario. *El Aguafiestas. Benedetti. La biografía*. Madrid: Alfaguara, 1995.

